







spondió sencillamente la joven. Por evitarle un peligro me habría gustosa a la muerte.

—¡Sea! Pues bien, ya no tengo ocasión de exponerte a tal cosa; Buridán debe haber muerto estas horas...

—Envenenado, ¿no es verdad?

—preguntó Mirtila, sin emoción.

—¡Sí, envenenado... por mí!

Mabel lanzó una carcajada fea, cuya significación no pudo comprender Mirtila.

—Y—preguntó la joven, vacilante—¿habéis visto vos a Buridán?

—¡No!

Entonces, ¿quién le ha dado el veneno?

Mabel miró a Mirtila cara a cara y respondió:

—¡Tu madre...! La reina Margarita de Borgoña! Ya lo sabes: tu madre.

Esta vez Margarita se estremeció y su corazón comenzó a latir como si recelara una desgracia.

—La reina le ha dado el veneno es posible—dijo—, pero vos ¿quién lo ha preparado?

—Se produjo un extraño cambio de afecciones: era Mirtila la que indagaba y la que con sus preguntas torturaba a Mabel.